

CEMENTERIO DE SAN VICENTE

INFORME 2003

Equipo Argentino
de Antropología Forense
(EAAF)



Colección
40 Años de Democracia

1983/2023

Cementerio de San Vicente

Informe 2003

Equipo Argentino de
Antropología Forense (EAAF)

Editorial
Filosofía y Humanidades UNC

**Área de
Publicaciones**

ffyh
Facultad de Filosofía
y Humanidades UNC



Cementerio de San Vicente. Informe 2003/ Cecilia Ayerdi... [et al.]; compilación de Darío Olmo. - 2a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF - (40 Años de Democracia/ Mariana Tello)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1772-3

1. Antropología Forense. 2. Derechos Humanos. I. Ayerdi, Cecilia. II. Olmo, Darío, comp.

CDD 323.04

Área de Publicaciones

1ª ed.- Córdoba: Ferryra Editor, 2005.

© Equipo Argentino de Antropología Forense, 2005

ISBN N°987-1110-34-0

A la fecha en que se elaboró este informe el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) estaba integrado por los siguientes miembros: Cecilia Ayerdi, Patricia Bernardi, Daniel Bustamante, Andrea Del Río, Mimí Doretti, Sofía Egaña, Luis Fondebrider, Anahí Ginarte, Rafael Mazzella, Miguel Nieva, Darío Olmo, Maco Somigiana y Silvana Turner.

Colaboradores en el Proyecto Córdoba: Claudia Bisso, Lorena Campos, Alejandra Ibáñez y Mercedes Salado Puerto.

Compilador: Darío Olmo

Fotografías: Anahí Ginarte y Miguel Nievas

Diagramación y diseño de esta edición: María Bella

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.



Antología del río Cártaba

Diego Tatián

Habla *doña Celia*. “Trabajo limpiando pero no tengo sueldo. Si usted tiene una sepultura, me encarga que yo se la limpie. Un panteón, un nicho o una sepultura en la tierra; entonces los dueños me pagan. Me están haciendo una jubilación pero no me llega. Porque perdí a mi marido y a mi hijo y para colmo me dio un ataque a la cabeza y me quieren operar. Pero no tengo nada, nada de plata... Mi mamá, que trabajaba acá, los conocía mucho al padre y a la madre de la Ramonita. También mi padre y mi hermano trabajaban acá. Mi mamá le cuidaba la sepultura a la Ramonita. Esta chica andaba con un muchacho pero no quería saber más nada con él. Dicen que cuando se iba para Buenos Aires, una misma amiga de ella le contó al novio que se iba. Para tomar el tren tenía que cruzar el monte; dicen que él la esperó en el monte y allí mismo la mató. Tiene tantas flores y tantas placas porque la gente le pide cosas. Póngale usted que tiene a su mamá enferma, su hermano enfermo, un chiquito enfermo, entonces va y le pide que lo sane. También los chicos le traen carpetas para pedirle pasar de grado o rendir bien. Por allá también hay otra sepultura a la que le saben poner muchas flores, después si quiere se la enseño, pero no es como la Ramonita. Hace mucho tiempo se decía que por allí por esa calle salía uno que andaba todo de blanco y decían que era la muerte. Venía gente de todos lados, de noche, para ver si veía algo, pero no acá adentro sino en la calle, que era un mundo de gente. Algunos dicen que hasta al ómnibus se ha subido. Pero para qué le voy a decir si es verdad o si es cierto, no sé. A mí gracias a Dios acá nunca me pasó nada, y hace más de cincuen-

ta años que estoy acá. El cementerio en sí está desde hace mucho, mucho tiempo. Mi papá, y mire que hace cincuenta años que falleció, ya trabajaba acá. En esta calle había plantas de rosa y una fuente ahí delante. Antes todo esto era jardín, antes no era asfalto, y él era el jardinero. Acá adentro está el chico al que mató el policía por lo de la pelota, ¿quiere verlo? Le han puesto una placa hermosa. Era de barrio San Jorge, tenía quince años. Acá hay otro de dieciocho, cumplió dieciocho estando acá. ¿Ve? esta es la plaquita de la novia. Lo que he sentido yo, pero no sé, es que el chico había visto que éstos que lo mataron a él habían matado antes a una chica, entonces lo mataron a él para que no hablara. Viene a verlo mucha gente, chicos de la escuela, compañeros, cualquier cantidad de gente...”

Habla el niño Jorgito. “Mi papá, señor, era muy bueno, aunque yo me acuerdo muy poco. Una vez que se me cayó la taza me pegó pero no muy fuerte, mi mamá dice que no muy fuerte, y me hizo levantar un vidrio y con ese mismo vidrio de la taza que yo había roto me hizo cortar un dedo, este ¿ve?, para así no olvidarme y así otra vez agarrar mejor la taza. Yo ahora aprendí a no tirar las tazas. Mi papá siempre me está viendo desde el cielo y si yo hago algo malo o no obedezco él va a venir y me va a llevar de los pelos y me va a dejar en el infierno con otros chicos malos como yo y a él no voy a verlo más ni tampoco a mi mamá ni a la gatita. Acá cerca hay una tumba, venga que se la muestro, ¿ve qué chiquita? Es porque era de un chico que se portaba mal, entonces se cayó a un río y se ahogó debajo del agua, pregúntele a mi mamá, ella siempre me trae acá para ver las tumbas de los niños, hay otras dos más por allá, así yo aprendo lo que les pasa a los niños que son malos, van a parar debajo de la tierra, hacen un hueco hon-do, los ponen ahí, y después tapan todo con tierra y aunque ya están muertos dice mi mamá que les duele lo mismo...”

Habla Gastón Severino. “Ve usted la inscripción de la lápida, *Valeria Condorcet / fallecida a los 35 años de edad / el 29 de octubre de 1978*, en realidad se trata de un error, no fue un día 29 sino 26, exacto, un 26 de octubre que tuvimos el accidente. Pero no quisieron reconocer que el error había sido de ellos, ¡imagínese si yo me iba a equivocar en la fecha del accidente! Vengo aquí todas las tardes a las 18 y 50,

que fue la hora en la que se cruzó la vaca por la ruta, una vaca casi de ficción, aparecida de ningún lado, hasta el día de hoy no es posible una explicación de la vaca en ese lugar, en el que nadie cría animales de ningún tipo, una vaca misteriosa, una vaca de nadie. Lo cierto es que pareció salir más del tiempo que del espacio, vino hasta nosotros desde algún momento de la tarde para que nos embistiéramos, se diría que vino para eso, y fue así que el auto hizo un trompo y después Valeria ya no volvió a hablar ni a abrir los ojos. Bajé del auto sin comprender o sin querer comprender, vi la vaca tirada un poco más allá y me senté en el pavimento desierto, en medio de un silencio espectral y una luz que se iba yendo poco a poco. Desde la mañana habíamos estado en la casa de campo de Nicolás Pantier, un poeta sibarita con el que bebimos, aunque –y aquí comenzó nuestra desgracia– sin llegar a emborracharnos. Valeria me pidió que nos quedáramos hasta el día siguiente, que no era prudente volver en ese estado, pero, puede usted creerme, yo no estaba borracho en absoluto. Cómo iba a imaginar que se nos cruzaría una vaca. Yo he sido siempre una persona responsable. Ya le digo, la desgracia fue no haberme emborrachado, de haberlo hecho tenga usted por seguro que no hubiera insistido en regresar ese mismo día. Me he preguntado tantas veces porqué justamente ese día no me emborraché, he sentido y siento un remordimiento por esa sobriedad que nos condujo directamente hacia la vaca, y a Valeria hacia la muerte. 26 de octubre, no 29. A las 18 y 50 de cada día me encontrará usted aquí pensando que soy yo quien debiera estar debajo de esa lápida, yo y no Valeria que se quería quedar, y así, en verdad, no habría ningún error en la inscripción...”

Hablan los sepultureros. “El problema acá es que muere mucha gente. Vos agarrás el diario en los avisos fúnebres y hay más de treinta que mueren por día. Acá estás obligado a sacarlo todo después de cinco años. En los cementerios parque es propiedad de ustedes, acá no, acá no es propiedad. Hay propiedades pero adelante. En un cementerio parque antes de que te morís ya estás pagando la mentención. Acá es mucho más barato. Está bien, no tiene los lujos de un parque... pero mirá recién acabamos de hacer un servicio funerario municipal a gente que no tiene recursos, si no estuviera esto ¿a dónde va esa gente? Hay días en que estás parado al vicio, o sepultás dos, y hay

días que sepultás veinte. Un sábado te sepultás siete y un domingo te sepultás dieciséis. Nosotros somos seis y a la mañana hay cuarenta y pico... Mirá por ejemplo esas sepulturas, son de añares, esta del treinta y ocho, esta del cuarenta y dos. Yo digo que este cementerio era una cosa chica y después se ha ido agrandando. Claro, porque el cementerio terminaba ahí, donde están esos nichos viejos. Después se le agregó la otra parte, hasta donde estaba el paredón ese. Y ahora se habilitó la parte del parque, en el ochenta creo. Pero hay nichos que te da calamidad, porque te das cuenta que... ¿no ves?, mirá ese que está ahí, qué se yo de cuándo es, y hay otros panteones por ahí, también, viejísimos. Caminando así vas viendo cada uno, mirá ese nicho que está ahí, todas estas propiedades son viejas... Mirá los muertos que tenemos ahí. ¿No ves los muertos? Ahora los estamos sacando, los llevamos para el crematorio. Este es del año ochenta y dos. Se conservó un poco porque está la chapa metálica, todo soldado, pero si viene desoldado o sin chapa metálica la tierra se lo consume más ligero. Acá a veces el olor es terrible; andá a preguntarles a todos esos vecinos si viene olor del horno crematorio. Es un olor tremendo. Cuando esa gente lava la ropa y tenés el horno prendido, tenés que levantarla, porque se llena con el hollín de la chimenea. Esa chimenea que se ve más allá, atrás del pino, ¿la ves atrás del pino?, bueno, a esa chimenea le faltan por lo menos diez metros de altura. Además tiene que tener un quemador. Lo tiene, pero no funciona. Hay muchas cosas que... yo te juro, cuando vi el programa de este... Zuliani, te da una bronca, porque engrupen ¿te das cuenta? Te hacen una cosa para engrupir a la gente. Yo le iba a hablar esa misma noche por teléfono porque todo lo que había dicho Zuliani estaba todo arreglado. Yo lo quisiera traer, que traiga una máquina y nos sentamos ahí a conversar y que filme cuando estamos laburando, cuando estamos en la tarea. Eso se preparó una mañana cuando estaba el director, el administrador y todo. Les pusieron unos barbijos. Nosotros no tenemos barbijos. Cuando nos sabe tocar cremar, no tenemos barbijos ni nada, a cara de perro como estamos. Y cuando lo destapás a este ¿viste?, porque lo tenés que destapar, ¿sabés el olor que te llega para arriba?... Y vino, filmó, puso la máquina cuando el horno ya estaba prendido y tenía el cuerpo adentro, pero no filmó cuando cargamos el cuerpo. Además cuando vinieron ellos no carga-

mos uno con carnosidad, nos hicieron poner un angelito. El angelito no larga olor... Acá se crema todos los días, cuando se satura el playón, saque y ponga todos los días, mañana y tarde. Cuando lo metés al horno lo metés así como va. El metal hace de bandeja, entonces podés recuperar las cenizas. Después las ponés en una bolsita de nylon que la podés llevar a tu casa, la tirás al río, lo que vos quieras, la podés dejar acá o ponerla en otro nicho donde hay familiares. ¿Protestar? ¿Con la mishiadura de laburo que hay? Andan echando a todo el mundo y vos vas a ir a protestar. Hay compañeros que han sido perjudicados físicamente y psicológicamente y que han hecho un juicio a los de la municipalidad. Entonces te preparan un programa como ese, y suponé que hay un juez que lo está viendo... después vos vas y decís una cosa y te dicen no, son mentiras. Por ejemplo este no tiene olor. El de ayer sí tenía olor y nosotros no tenemos máscaras. ¿Y cuando está largando líquido? ¿Ves este que tiene toda la parte mojada acá atrás?, cuando lo levantamos se cayó todo el líquido a la fosa. Y tenés que bajarte a la fosa a terminarla. Te guste o no la tenés que terminar. Y estos guantes son guantes viejos, que usó otro. Nosotros tendríamos que tener guantes nuevos. Ya nos hemos cansado de hablar, nadie te da bola. Mejor calláte la boca, hacé tu tarea. Acá no sería nada la plata que cobrás, esto es impagable, esto no se paga. Pero que te den cosas para laburar como tiene que ser... ¿De qué vale la guita? Allá en el playón hay pobres, ricos, rubios, blancos, negros, están todos tirados ahí, esperando que los vayan a quemar. Acá es donde se hace ver el tango, allá en el horno... ¿Querés saber del cementerio? Andá a verlo al viejo Buonafede, ahí al frente, en el bar. Poné lo de Zuliani...”

Habla el dueño del bar. “Antes los días lunes venía más gente que los días domingo. El lunes era el día de las ánimas; venían del mercado, del matadero, se juntaban todos acá. Jugaban a las bochas, al sapo, traían bolsas con carne del matadero y hacían asados, ahí atrás, era el tiempo en que sacaban gran cantidad de achuras, comían cualquier cosa. Eso del lobizón fue todo invento del diario. Todo mentira. Yo me he criado de pibe acá, y cruzaba siempre por donde ahora está el cementerio parque, antes todo eso era monte, cuando venía del barrio Acosta tenía que cruzar por ahí a la fuerza y nunca escuché

nada; miento si le digo que alguna vez vi algo, si vi una luz, no, todo mentira, yo no he visto nunca nada. ¿Se acuerda que la gente se movilizaba por eso del lobizón? Usted viera a la noche, era un loquero de gente. A nosotros los que teníamos negocios nos favorecía, pero qué van a ver un lobizón. Yo he andado de noche por el cementerio. Nosotros tenemos un panteón que tiene un sótano y a veces a las dos o tres de la mañana, mi madre me decía: hemos dejado el sótano abierto (claro, cuando estaba lindo el sol abríamos el sótano para que se fuera la humedad, nos olvidábamos de cerrarlo y a la noche venían esas tormentas de verano ¿vio?); hemos dejado el sótano abierto, teníamos unas urnas ahí y en esa época no había sereno. El portón que está ahora es el mismo, yo lo saltaba y me iba al panteón a cerrar la tapa para que no se inundara todo. Y nunca vi nada de nada. Yo me río. Lo que sí antes venía más gente que ahora. Y, en la situación en que estamos, la gente no puede venir al cementerio todos los días, eso es dinero. Sí, un poco también han cambiado las costumbres; yo tenía clientes acá que todos los domingos iban al cementerio, la señora y él, y a veces se juntaban con otro familiar y en el verano se sentaban en el patio y hacían una picada, comían empanadas, tomaban vino, y cuando yo no veía a la familia esa semana era que algo había pasado. Ahora se viene cada cuarenta días. La situación no está como para ir al cementerio todos los días. Bueno, sí, está el loco Severino, usted lo va a encontrar todas las tardes, pero eso es otra cosa. Eso sí, la gente grande es la que más viene, la que más concurre a sus seres queridos. Pero, como le digo, ha mermado... Antes los entierros eran más grandes, venían con seis o siete coches dolientes, ahora vienen con uno, y además que ahora ya cada uno tiene su auto particular y los servicios sociales te mandan un auto o dos. Pero antes, yo me acuerdo, yo fui remisero veintitrés años, y había veces que iban a un entierro cinco o seis autos... Acá hay muchos que vienen por la finada Ramonita, que fue muerta en barrio Güemes por un amante de ella. Debe haber sido antes de que yo naciera, y si yo nací en el año veintiocho, quiere decir que ella fue muerta en el año veintisiete o veintiséis, en unas barrancas. Según dicen ella ayuda. Cada uno sabrá ¿no?... Sabemos que ahí al frente tenemos que ir todos, a la larga o a la corta nos va a tocar. A veces uno se pone a pensar que grandes profesores que han salvado tantas vidas, y cuando a ellos les

llega la hora les llega y basta, y nos llega a todos; de esto no se salva ni el que tiene plata, ni el flaco, ni el gordo, ni el malo, ni el bueno; hay que pensar que cuando llega llega... Antes, te hablo de cuarenta o cincuenta años atrás, cuando yo estaba con mi padre, cuando había un angelito se jugaba a la prenda, se chupaba, se asaba la carne, todo. Una mañana que me levanto para ir a la escuela, me dice mi mamá: sentí las guitarras esas que están tocando. Había dos carros areneros llenos de gente, todos ahí, con el angelito, y déle darle a la guitarra hasta que abrieran el cementerio. En esa época era así, a lo mejor pasaban dos o tres días velando al angelito, jugaban con el angelito, lo llevaban a la otra esquina y así. Antes era otra cosa, ahora ha ido cambiando. Vamos a hablar de lo que era el día de los muertos en noviembre. Era todo patio, lleno de mesas y de sillas, teníamos doce o quince mozos en el patio, había carpas por todos lados. Era una locura la gente que venía, había momentos en que por acá no se podía entrar. Mirá, la gente entraba en ese portón y tenía que salir por aquel otro. Y todo estaba cortado, no te dejaban entrar con auto; los ómnibus salían por allá atrás, por el gran tráfico de gente peatonal que había. Haberlo visto eso y contarlo hoy... nadie cree. Efectivamente, nadie cree. A veces le cuento a algún joven, que a lo mejor me dirá: pucha, este viejo está hablando macana. Pero yo quisiera que tuviera a alguien grande como yo a ver si no le dice lo mismo. Lo que ha sido esto. Ahora no pasa nada, nada de nada...”

Habla la florista. “Las caras de las personas me hacen saber qué flores van a querer antes de que me pidan nada. No sé porqué nadie compra claveles desde hace mucho, de pronto ya nadie le deja claveles a sus muertos, se elige otras flores. Aunque la gente del barrio viene con flores propias, los que no viven cerca compran acá. Todos los martes viene un señor a visitar a una amiga, que a mí me parece debe haber sido su amante, y cuando sale compra un ramo inmenso para llevarle a su mujer. Nunca compra cuando entra, para su amante que después de todo es la muerta, compra cuando sale, para su esposa. ¿Dígame, usted le llevaría a su mujer flores del cementerio? Yo llegué a estudiar en una escuela secundaria, después tuve que dejar para ponerme a trabajar. Siempre trabajé de florista, aunque antes no en el cementerio sino en restaurantes y lugares muy caros.

No hay mucha diferencia entre los enamorados que se regalan flores y los que vienen a poner flores a sus muertos, creamé. Después de todo también los jóvenes que se enamoran se van a morir. A lo mejor por eso no me costó nada adaptarme al cementerio, pasar de los restaurantes caros, como le decía, al cementerio. Yo pienso que las flores son para la muerte no para el amor. Todos los fines de semana viene otro señor, antes no venía todas las semanas sino una vez por mes, tiene aquí una abuela, pero desde hace un tiempo viene más seguido. Me compra flores para poner en dos tumbas de personas que dice que no conocía de antes, que las conoció acá, ya muertas, viniendo a visitar a su abuela. Lo curioso es que son dos sepulturas que están en lugares muy distintos, una en cada punta, y muy lejos de donde está la de la abuela. Yo por pura curiosidad una vez le pedí que me las enseñara, una queda por allá casi donde se termina y es de una señora que murió en mil novecientos sesenta y tantos, Rosalía Rótolo me acuerdo que se llama, y cuando murió ya era grande pero tampoco tanto. No tiene nada de especial pero este hombre siempre que viene la deja flores, yo no me animé a preguntarle porqué. El otro muerto que visita está cerca del portón. Estoy segura que viene más seguido no por la abuela sino por haber conocido acá a estas dos personas desconocidas. Tome llévase esta rosa que no pasa de hoy, déjela por ahí donde más le guste, a la gente le hace falta que nos detengamos para dejarles algo...”

Habla el sereno. “Empecé con este trabajo hace muchos años, cuando la vida me lo había quitado todo, mi madre, mi padre, mi casa; ahora no lo cambiaría por ningún otro. En las noches sin luna, enciendo la pipa y salgo a caminar con mi perro por todo el camposanto, hasta que me siento por ahí a mirar el cielo, solo, con mi perro que se echa al lado y espera, entre los cuerpos bajo la tierra y las almas en el cielo completo de estrellas. En esos momentos siento que en el mundo quedamos sólo mi perro y yo, y que nuestro trabajo es cuidar las sepulturas de todos los hombres, que todos los hombres han muerto ya y la Tierra entera es el cementerio. Cuando la luna aparece, puede uno leer los nombres y los números, nombres y números para nadie, o para el cielo, cuando hay luna”.